

Representación social del sujeto moral en los artículos de costumbre del papel periódico El Repertorio de 1845

Bárbara Pérez Mujica / bperez@usb.ve

Universidad Simón Bolívar
Caracas, Venezuela

Recibido: 26-08-17. Aceptado: 11-10-17

Resumen

Los artículos de costumbre retratan las prácticas sociales, los aspectos de la vida urbana y doméstica, comprendidos entre los años 1830-1848, a través de un estilo particularmente elaborado para ello. Estos, por medio de un discurso literario aparecen en los semanarios del siglo XIX, norman y orientan a los lectores sobre el papel que desempeñan como ciudadanos de una república en pleno crecimiento. La presente investigación propone estudiar la representación social del sujeto moral en los artículos de costumbre: "Muchachos y muchachas a la moda", "Gran sarao, o las niñas a la moda", "Los críticos de Caracas" y "Erratas que no lo fueron" del papel periódico El Repertorio de 1845. A nivel metodológico el estudio se concentró en una investigación documental, en el cual se emplea la hermenéutica profunda de Thompson (2002) en sus dimensiones sociohistórica, formal y discursiva. En lo que corresponde al nivel teórico, se apoya en Sergei Moscovici (1984) y Jodelet (1986); y de moral, a partir de Platón (2003) y Rhonheimer (2000). Se concluye que hay diversas representaciones desde la edad, juventud/madurez, así como juventud tesoro, sombra y ángel; representaciones desde el plano del hombre, intelectual-escriptor-lector y desde la mujer.

Palabras clave: representación social, moral, artículo de costumbre, hombre y mujer.

Social representation of the moral subject in the articles of mores of the newspaper El Repertorio of 1845

The articles of mores portray usual social practices, aspects of urban and domestic life, including between 1830-1848, through a style particularly prepared for it. These, through literary discourse weeklies appear in the nineteenth century, norman and guide readers on their role as citizens of a republic growing. This research aims to study the social representation of the moral subject in articles of mores: "Muchachos y muchachas a la moda", "Gran sarao, o las niñas a la moda", "Los críticos de Caracas" and "Erratas que no lo fueron" the newspaper El Repertorio of 1845. A methodological level, the study focused on documentary research, in which the deep hermeneutics of Thompson (2002) in their socio-historical formal and discursive dimensions is used. Relates to the theoretical level, it is based on Sergei Moscovici (1984) and Jodelet (1986); and moral, from Platon (2003) and Rhonheimer (2000). It is concluded that there are various representations from age, youth / maturity and youth treasure, shade and angel; representations from the plane of man, intellectual-writer-reader and from women.

Keywords: social representation, moral, Article usual, man and woman.

Abstract

1. Introducción

El artículo de costumbre plasma muy directamente las reales situaciones o actividades sociales de una vida urbana venezolana entre los años 1830-1848, marcada por un estilo singular. En estos artículos, y gracias al discurso literario presente en los semanarios del siglo XIX, se dirigen a una sociedad cuyos miembros reflejan una república en crecimiento, pero colmada de conflictos políticos y que son orientados hacia la moral regidora de comportamiento y el papel protagónico que desempeñan como ciudadanos en pro de la sociedad, a pesar de esta diatriba real y abierta entre conservadores y liberales. La presente investigación propone estudiar la representación social del sujeto moral en los artículos de costumbre: “Muchachos y muchachas a la moda”, “Gran sarao, o las niñas a la moda”, “Los críticos de Caracas” y “Erratas que no lo fueron”.

Lo dicho anteriormente demuestra la trascendencia de estas producciones en el acervo literario venezolano; sin embargo, trabajar con los textos del siglo XIX no resulta una tarea sencilla. Recuérdese que estos aparecían en papeles periódicos que terminaban siendo inconclusos, debido a que por la situación convulsa del país muchas veces no se publicaban más y las obras quedaban fragmentarias. Por otro lado, el corpus se encuentra digitalizado en el microfilm y en mal estado, con una imprenta borrosa y desgastada que dificulta su lectura, lo que implica disponer de una cantidad de tiempo valioso para reescribir, fotografiar y, en algunos casos, inferir las palabras, párrafos o la información que en ellos se encuentra.

A pesar de estas complicaciones, surge la necesidad de estudiar la representación del sujeto moral en los artículos de costumbre del papel periódico, o dicho más específicamente, la revista literaria *El Repertorio* de 1845. La escogencia de dicha revista se centró en el hecho de que configura la formación moral-ciudadana a través de un discurso que ordena, construye y recrea el complejo tejido textual de sus personajes, historias, tradiciones, movimientos artísticos, estéticos, políticos y económicos preponderantes. Con el objeto de apreciar

la construcción que deleita, estimula y representa intelectualmente a los lectores venezolanos de la época, a continuación se analizarán los artículos: “Muchachos y muchachas a la moda”, “Gran sarao, o las niñas a la moda”, “Los críticos de Caracas” y “Erratas que no lo fueron”.

II. Bases metodológicas y teóricas

El método de investigación que se aplicó fue el de la hermenéutica profunda propuesto por Thompson (2002). A partir de la premisa de que las diferentes formas simbólicas se manifiestan en los aspectos intencionales, convencionales, estructurales, referenciales y contextuales; son explicables en relación con los contextos sociales. Aparecen a través de los procesos de valorización simbólica, concebidos como el estudio de los fenómenos sociales y culturales que implican y/o presentan procesos de comprensión e interpretación de la realidad.

Como técnica de análisis se aplicó la hermenéutica profunda de Thompson (ob. cit.), específicamente en su dimensión sociohistórica. Este nivel de análisis comprendió las características del contexto espacio temporal y las relaciones entre el grupo de estudio; el de las representaciones sociales que incluyó la interpretación de las representaciones, creencias, valores, conocimientos y desigualdades del grupo de estudio; y el de la interpretación y reinterpretación, que produjo nuevos significados de los grupos de estudio. El procedimiento usado para ello consistió en la integración del discurso global de cada artículo y en la selección de fragmentos y expresiones, donde se identifiquen las categorías tales como creencias, opiniones y valores.

Por último, se efectuó una revisión teórica para describir la representación social como objeto de estudio, concretamente se consideraron las perspectivas teóricas fundamentales de aproximación sobre los conceptos de representación social desde la perspectiva de Sergei Moscovici (1984) y Jodelet (1986); y de moral, a partir de Platón (2003) y Rhonheimer (2000). Posteriormente, se realizó una estación de carácter funcional, la cual consistió en la aplicación teórica en los artículos de costumbre.

En lo que respecta a las bases teóricas, intentaremos esclarecer los fundamentos de las representaciones sociales, aunque es una empresa compleja, ya que existe una vasta cantidad de estudios y teóricos que la han estudiado sin lograr un criterio conceptual. Es por ello que no pretendemos abordar los diferentes postulados de las representaciones sociales, menos aún procuramos conceptualizarlas, sino intentamos concebirla como el conjunto organizado de referencias y conocimientos que sirven para interpretar la realidad por medio del contexto, las experiencias y los conocimientos.

Dicho esto, la sociedad, sus integrantes, normas, costumbres, el entorno social, entre otros elementos, constituyen la materia básica del trabajo de las experiencias, las expresiones, los símbolos y, estas a su vez, de las representaciones, las cuales destacan la información, la práctica y la interpretación del mundo. Cuando hablamos de representación, nos referimos al sentido general de la palabra, es decir, a la asociación de algo con algo y la relación de este segundo a través de lo primero. De esta manera, la sociedad tiene un compendio variado de actividades representativas que rodean, transcriben y enriquecen la experiencia vital. Precisamente, en este compendio representativo es donde actúan las representaciones sociales, ellas proporcionan nuestra visión de la realidad, en lo que se refiere al plano cultural, cognitivo, informativo, simbólico, perceptivo, imaginativo, creativo, conceptual, ideológico y actitudinal.

La teoría de las Representaciones Sociales inicia con un trabajo psicoanalítico de Sergei Moscovici en el año 1961. En él, se plantea que la teoría de las representaciones sociales es una particularidad del conocimiento, cuya ocupación es la producción de los comportamientos y la comunicación entre los individuos, por tanto, Moscovici (1984), plantea:

Es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios, liberan los poderes de su imaginación (...) son sistemas de valores, nociones y prácticas que proporciona

a los individuos los medios para orientarse en el contexto social y material, para dominarlo. Es una organización de imágenes y de lenguaje (...). Una representación social, habla, muestra, comunica, produce determinados comportamientos (pp. 17-18).

En este sentido, la representación social implica un proceso de construcción de la realidad que configura el objeto representado con la finalidad de generar un conjunto de creencias, valores y conocimientos que comparte un grupo social. En palabras de Jodelet (1986) “designa una forma de pensamiento social” (p. 478). Así, los individuos componen su sentido del mundo por medio de un tejido de proposiciones, ideas, reflexiones, imágenes y producciones culturales, sociales e históricas. En líneas generales, las representaciones sociales se fundan en función de las interacciones del medio social, de los roles y las posiciones que las personas asumen o que les toca asumir dentro de su ambiente, y es en estas donde se hallan exteriorizadas creencias, valores, actitudes, costumbres y normas con las cuales los sujetos enfrentan sus cotidianidades.

Por otro lado, según Jodelet (1986) la representación social posee los siguientes rasgos: Constantemente es la representación de un objeto; tiene un carácter de imagen y la propiedad de poder intercambiar pensamiento, la idea, la percepción y el concepto; posee carácter simbólico y significante; tiene un carácter constructivo; y está concebido por el carácter autónomo y creativo. Partiendo de ello, la representación social es la manifestación de las estructuras o informaciones internas del individuo en una materia, objeto o componente que percibe del entorno (información externa). Estas estructuras residen en su psiquismo y son fundamentalmente de índole perceptual, formal, simbólica y emotiva en sus interacciones e integraciones con el mundo.

En este sentido, Moscovici, (1984) afirma que las representaciones sociales son un proceso de construcción de la realidad como producto sociocultural, que proviene de la sociedad y que muestra las particularidades de ese grupo en un momento de la historia. Éstas requieren de encuentros e interacciones entre los individuos y los grupos, y

se transforman en productos que actúan en la vida social como estructuras que facilitan interpretar y elaborar la realidad a través de la interpretación y reinterpretación. Es un proceso de reconstrucción, un contenido de acciones e interacciones que modifica y recrea activamente el objeto.

En suma, por medio de las representaciones sociales podemos concebir las sociedades que comparten modelos, los cuales se difunden en la cotidianidad a través de sus actores y su cotidianidad, de su lenguaje, comunicación e interacción social. Sirven de modelo para la acción y de instrumento para la comprensión de la realidad. En fin, las representaciones se constituyen en función de la actitud (afectividad) hacia lo representado, la información (conocimiento) sobre lo representado y un ejercicio de representación donde se organizan (lo representado y los conocimientos) para provocar una serie de contenidos.

III. El contexto social y el rol del papel periódico

Aclaradas las representaciones sociales, es necesario explicar el contexto político social del siglo XIX venezolano, el cual fue bastante oscuro y complejo, producto del desmoronamiento económico, las luchas políticas y la crisis social. Venezuela estaba arruinada debido a la guerra de independencia, la Constitución de 1830 que confinó la participación política de algunos sectores de la sociedad entre dominantes (mantuanos) y dominados (compuesta por negros, pardos e indígenas); la división de la Gran Colombia; la autodenominación de José Antonio Páez como presidente de la República; y la insurrección de un grupo del sector dominante de la nación que amenazó nuevamente a la sociedad con perder los privilegios, la división política de los conservadores y liberales predominante en el año 1840.

Como consecuencia de la dinámica de este siglo, el cual implicó un proceso de deconstrucción y construcción del sujeto, la moral resultó trascendental en la vida de los venezolanos, surgió la necesidad de moralizar a la sociedad para reconstruir al país por

cualquier medio posible, y el medio más expedito, barato y rápido para ello fue el papel periódico.

Como asevera Medina (1998), esto ocurre debido a que:

Los miembros de la fracturada clase dominante, ¡alarmados!, tratan de buscar medios para justificarse. El discurso político estaba desgastado. Necesitaban otra herramienta discursiva que permitiera entablar un diálogo y posterior acuerdo entre los mismos miembros de la clase dominante, puesto que muchos de sus integrantes pensaban que al salvar y consolidar su clase social, estarían rescatando a la nación del caos.

Este desempeñó un rol trascendental en dicha reconstrucción, ya que contribuyó en la formación de los nuevos republicanos, así como también ayudó a entretener y aliviar el constante agobio que ocasionaba la situación política, económica y social en la cual estaban inmersos. Alcibíades (2004) pone de manifiesto:

De ahí que cada venezolano y cada venezolana tenían que apropiarse del respectivo bagaje de rasgos positivos en su conducta cotidiana. Siendo así resultaban útiles las lecturas que enseñaran, a través de la experiencia de otros, lo adecuado de evitar las pasiones más objetables para sustituir por las conductas deseadas. Esa exigencia hizo el estímulo de obras escritas que avalaran esos contenidos. (p. 59).

Ciertamente, se erige este medio para reconstruir una nación a través de la clase social pudiente que requiere aplicar un estilo que los estimule intelectualmente las valoraciones morales que caracterizan las categorías del bien y mal. Por consiguiente, los artículos de costumbre crean un discurso que dialoga con el lector para expresar la crítica del advenimiento de los vicios que privan el desarrollo del país.

Se teje a través de la historia, las tradiciones, la moda, los movimientos políticos y económicos preponderantes, las anécdotas y las costumbres históricas importantes, tales como las reuniones

sociales y religiosas, las fiestas, las tertulias y la moda, los patrones colectivos que arman un discurso a partir de las prácticas y la moral como condiciones culturales. En este sentido, se da cuenta de cómo los aspectos macrosociales tales como la clase social, la economía, el Estado, el rol de la religión, la moda y las instituciones en general, así como también de los cambios sociales que orientan el rumbo de la sociedad caraqueña del siglo XIX, influyen en la aparición y permanencia de las buenas costumbres.

Desde *La Gazeta de Caracas* (1808), *el Seminario de Caracas* (1810), *El Patriota de Venezuela* (1811), *El Correo del Orinoco* (1818) con inclinación hacia rumbos de sentido libertario y panfletario; así como *El Venezolano*, *El Reconciliador*, *El Telégrafo del Zulia*, *Bolivariano*, *El Liberal del Zulia*, *El Nacional*, *El Liberal*, *La Bandera Nacional*, *El Patriota*, *El Observador*, *El Manzanares*, *El Republicano* en los que las antiguas polémicas entre republicanos y realistas son reemplazadas ahora por las que sostienen militaristas y civilistas y, sobre todo, liberales contra conservadores en los años de 1840; hasta revistas como *El Canastillo de Costura* (1826), *La Guirnalda* (1839), *La Oliva* (1836), *La Bandera*, *El Cojo Ilustrado* (1892); el papel literario *El Repertorio* (1845), entre otras muchas publicaciones, trabajan para influir en los lectores, en transformar y educar a la sociedad letrada venezolana en relación con su función en la naciente república.

A partir de estos periódicos y revistas se halla un espacio, cuyo tejido de costumbres, condiciones de vidas, religión y tradiciones, desarrollo educativo, político y social, prescriben al republicano. Por medio de estos papeles se observa que los lectores reciben estímulos lingüísticos diferenciados de sus mayores, quienes a su vez expresan los contenidos de sus representaciones, las cuales organizan y condicionan su propia percepción y construcción de representaciones. Así, los venezolanos absorbieron las representaciones lingüísticamente en la comunicación por medio de las imágenes heredadas.

Los integrantes de la clase social alta de la Caracas del siglo XIX poseían anhelos, ambiciones y necesidades que instauraron la construcción

de imágenes, percepciones y representaciones diferentes. Esto hace relevante estudiar las representaciones sociales, ya que su conocimiento admite entender por qué ante un mismo estímulo aparecen distintas apreciaciones entre los miembros de la comunidad. Sin embargo, no es tarea sencilla ya que en una sociedad determinada nos comunicamos desde los diferentes roles sociales establecidos, tales como: padres, madres, hijos, amigos, docentes, intelectuales, entre otros; no hay igualdad de posibilidades de manifestarse, ni lo que plantean tiene la misma autoridad, por ende, los estímulos no tienen todos el mismo carácter.

IV. La moral en el sujeto del siglo XIX

Sin intención de hacer un estudio profundo ni menos aún cronológico sobre la moral y su accionar en la historia de la humanidad, a continuación se hará una apreciación de la noción de moral a fin de ajustarlo al concepto en el siglo XIX venezolano.

Platón, en la República, plantea la moral desde la perspectiva de cómo debe vivir el individuo y cómo hemos de enfocar nuestras acciones. A través de lo justo y de lo injusto demuestra la necesidad moral, tanto para el Estado como para el individuo, de regir toda su conducta según la justicia, es decir, según la virtud o la idea del bien, entiéndase por bien, como el principio de buen orden para las sociedades y para las almas, que da origen a la felicidad pública y privada.

Por su parte, la moral desde la perspectiva de la ética, cuyo propósito es estudiar lo moral y su justificación, verifica las afirmaciones y los juicios valorativos dicotómicos sobre lo virtuoso, sobre lo bueno y lo malo, lo correcto y lo incorrecto, lo apropiado e inapropiado, lo permitido y prohibido, lo obligatorio, entre otros, para evaluar moralmente a las personas que deciden y o actúan algo o sobre algo, así como también para reflexionar las circunstancias, conceptos u acciones de ese algo.

Según Martín Rhonheimer (2000):

Las virtudes no son perfecciones aisladas unas de otras, sino que forman un organismo

vivo, y un último término una vida indivisible. Aun cuando hablemos de distintas virtudes individuales, estas son solo aspectos distintos de una unidad compleja. Pues las virtudes no son sencillamente las perfecciones propias de las distintas potencias, siempre son también virtudes de la persona humana (p. 229).

Sobre la base de lo planteado, cuando nos referimos a la moral, estamos hablando del sentido general del término, es decir, a la serie de reglas, principios, creencias, costumbres y valores que son apropiados, aprendidos y aprehendidos del medio social. Esta serie de pautas convencionalizadas sitúan a los grupos sociales a través de las diferentes formas de actuar en función de las virtudes entre sus miembros, promovidos primordialmente desde la casa, la escuela, la religión y la comunidad.

Para enfocarnos en las virtudes consideraremos las planteadas por Rhonheimer (2000), quien señala que las virtudes morales son las fundamentales y las particulares. Las fundamentales definen las cuatro virtudes principales clásicas: prudencia, justicia, fortaleza (o valentía) y templanza, cuyos orígenes se encuentran en Platón. Las particulares se refieren a los aspectos de la conducta en la persona en los que estas virtudes son más necesarias. Por ejemplo, el objeto de la moral particular de la fundamental prudencia es el dominio de la acción que se ha considerado como buena; el de la justicia son las acciones entre iguales; el de la fortaleza, superar los peligros más espinosos; y el de la templanza, moderar las actividades más dificultosas, como es el caso del placer sexual.

Lo planteado anteriormente nos hace aseverar que la moral puede ser vista desde dos perspectivas, la moral social, conjunto de normas que prescriben una sociedad, y la moral individual, la particular que incluye la percepción de estas prescripciones.

Nos enfocaremos en ambas, ya que la individual expresa las necesidades e intereses de la sociedad y los grupos sociales cuyos sujetos actúan como portadores sociales. Dicha moral se declara por medio de las formas, exigencias y prohibiciones de las actividades colectivas, la conciencia moral cotidiana (normas, ejemplos, imágenes), las reglas

de conducta, los principios morales e ideales, entre otros. Esta segunda aparece a través de la conciencia moral subjetiva, por ende, es dinámica y cambiante; se manifiesta por medio de los requerimientos de los ciudadanos que se expresan en la realidad, en la práctica, para con ello someter la orientación y conducta, en función de los intereses particulares y la vida en sociedad. En consecuencia, trabaja en función de la organización y restauración social. La moral individual influye en la personalidad y en la aprobación social, creada por la relación de la moral del otro, es decir, desde el yo se valora y consiente el nosotros. Así resulta improbable desligar ambas morales, sujetas a ciertos caracteres morales que deben practicarse para integrarse a la colectividad.

V. El papel, los jóvenes y la moda

Dicho esto, pasamos a estudiar los cuatro artículos de costumbre publicados en el semanario literario *El Repertorio* del año 1845; el primero, "Muchachos a la moda"; el segundo, "Gran sarao, o las niñas a la moda"; el tercero, "Los críticos de Caracas"; y el cuarto, "Erratas que no lo fueron". Se pueden considerar como bocetos cortos que trazan una cartografía del hombre, que permite transitar entre lo íntimo y familiar a lo público y social para expresar con claridad la manera como los intelectuales articulan los personajes y la moral.

Por medio de estos textos se suministran a los lectores manuales de comportamientos que evidencian la labor del intelectual en crear un código utilitario que enjuicia y critica. La inclusión de estos relatos con notas satíricas y estilo sencillo, encabezados por un lenguaje coloquial, hacen que los ilustrados dialoguen con los lectores para establecer un tono intimista, humorístico y sarcástico que atrapa al lector carente de moral; fraterniza con él y lo hace reflexionar acerca de las prácticas que atentan en contra de la integridad, las buenas costumbres, el orden social y el progreso: "Y la parodia de la policía que ha abandonado sus puestos para hacer parte de la espontánea concurrencia, es la

primera en celebrar las gracias del borracho" ("Gran sarao, o la niña a la moda", 1845, p. 230).

Se hace presente la moda de las tertulias que permitió dejar a un lado la incultura y abrir los espacios para el encuentro entre jóvenes. Dichas reuniones se efectuaban en casas de familia, puntos de encuentro social donde se escuchaba música, se tocaba, conversaba, cantaba, comía y bebía algo ligero; la temática de las conversaciones eran variadas, estaban abiertas a cualquier tema espontáneo, que iba desde la moda hasta las leyes y la política. Tal como se aprecia en las tertulias de "Los muchachos a la moda" y en su segunda parte "Gran sarao, o las niñas a la moda", artículos en los cuales se cuenta prolijamente la torpeza en la formación de la nueva generación de jóvenes, quienes tienen virtudes intelectuales y talento, pero carecen de virtudes morales. Están saturados de imprudencia, pasión, irreverencia, irrespeto y, en general, de inmoralidad.

Ciertamente, los artículos relatan a través de un narrador protagonista el perceptible equívoco en la educación de las juventudes, fundamentado sobre la base de la nueva concepción de libertad (desencadenada y desenfrenada) del republicano. El autor se ocupa de los planos físico y moral de los personajes Pepito ("Los muchachos a la moda") y Pepita ("Gran sarao, o las niñas a la moda") para revelar el resultado de dicha formación.

En lo que concierne al primer plano, Pepito es un muchacho banal de catorce años de aspecto siempre a la moda: *El guante, garrote de grandes dimensiones (porque ya las variantes cayeron en desuso), melena estudiosamente peinada, cadena, rolex que sale y entra de su faltriquera más veces al día que medio de pobre* ("Los muchachos a la moda", 1845: 170).

A nivel académico cursa clase de filosofía, a través de esta disciplina descubre que Dios no existe, que no hay mujeres honradas y que no hay verdades. Conjuntamente, es instruido en aritmética, ciencias, literatura y política; cultiva el género epistolar y la poesía; es opositor acérrimo al gobierno de Páez, a la iglesia católica y a los oligarcas. En lo relacionado con el plano moral, es libertino, escéptico, descortés

e insolente. No admira a la iglesia, a sus mayores ni a las instituciones; para él sólo existen la libertad de opinar y el enjuiciamiento de las leyes.

Por medio de este personaje, especie de antiejeemplo o antihéroe, el narrador sermonea a las instituciones sociales encargadas de la formación basada en la mala interpretación de la igualdad y la libertad de los republicanos. Para él en actores como Pepito recae la responsabilidad de la nación, estos impúberes terminan siendo los críticos, legisladores y gobernantes, por ende, requieren de una mayor prudencia: *"¿Dio una ley el Congreso? ¿Tomó el ejecutivo alguna medida? Pepito somete a la jurisdicción de su crítica, y allá va el fallo"* (p. 173).

Por su parte, en "Gran sarao, o las niñas a la moda" advertimos la secuencia del artículo "Muchachos a la moda". Como lo explica el narrador, ocho días después de su publicación anterior surge *"¡un gran sarao! En casa de la señora ***"* ("Gran sarao, o las niñas a la moda", 1845, p. 229).

Permanece con ello la crítica hacia la mala formación de estos jóvenes republicanos y la sociedad que los avala. Ahora a través del personaje Pepita, un ser humano pasional, imprudente y desvergonzado: *"Una joven linda y seductora. Entra como la liebre con las repetidas demandas de 'el primero es mío', ¿no bailas conmigo? Aunque sea un vals, que venían zumbando en sus oídos desde la puerta de la calle"* (p. 229).

Esta representa a muchachas hermosas, que igual a los jóvenes (como Pepito) siguen el patrón de la moda y no cultivan su dote moral: *"Venía toda recargada de lazos, de bouquet, de... ¡Que aglomeración de cosas ¡que superposiciones! Era una viva metáfora"* (p. 229).

Está a la moda política (es demócrata), por consiguiente, aborrece la monarquía y todo lo que tiene que ver con el gobierno de uno sólo, por eso cambia de amantes permanentemente, y cuenta con más de cinco relaciones amorosas, razón esta para que el autor realice una sátira sobre los vicios de la educación sin privaciones de estos muchachos y muchachas.

Por otro lado, este cuadro de costumbre dibuja a través de un humor sarcástico la sociedad en la

fiesta dividida en varios grupos de desvergonzados. Los que ofrecen obsequios a Amelia (hija del ministro) para obtener un puesto de trabajo, los que discuten sobre los grandes proyectos para salvar la nación, los que hablan de las mujeres casadas y los que hablan de todo el mundo. En este último se encontraba Pepito: *“el mocito aspira al título gracioso, y como tiene talento, ha descubierto que para ser gracioso en sociedad hay que hablar de todo el mundo”* (p. 233).

Dicho esto, en estos artículos se considera Caracas como un espacio que genera representaciones sociales de acuerdo con el consumo de los productos socioculturales de los jóvenes que establecen las relaciones entre la sociedad de una clase alta provista de apellido y capitales familiares a la que pertenecen. Ambos personajes persiguen la moda y su uso en función de la imitación de otros, en su propio beneficio y ostentando bienes. El ambiente se reduce al individuo y, por ende, a la sociedad que lo conforma, así como también a la gratificación que pretende lograr la compra y la inserción-aceptación entre los grupos sociales.

Con el relato de las anécdotas de Pepito y Pepita, la moda se conviene no sólo como una representación de la moral individual sino colectiva, por lo que se demanda relación entre el interior y el exterior del republicano. Vemos en ambos jóvenes la vulnerabilidad que gira en torno a la aceptación social y permanencia en un determinado grupo, que en este caso no los acredita, o por lo menos desde el punto de vista del intelectual; ambos se esmeran por sobresalir estéticamente y por conquistar relaciones con quienes tienen posibilidades económicas para seguir con lo actual.

También distinguimos en los artículos la promoción del buen vestir, entendido como la selección del vestuario y los accesorios a manos de la familia y la influencia social. La moda se evidencia como una fórmula de obligatoriedad civil y moral que depende de cánones para la socialización, de esta manera, resulta imperativo lograr un equilibrio que consiga el fortalecimiento del individuo como referencia del grupo y se parte de la estructura doméstica al ámbito de la esfera pública y colectiva.

Como asevera Barrios (1994): *“Nuestra clase pudiente se moderniza, se “romantiza”, y la ciudad empieza a mostrar en sus calles centrales una animación consumista hasta entonces desconocida. Intentamos imitar la vida urbana parisina o londinense”*. (p. 38). Ciertamente, en Caracas, la moda ha estado estrechamente relacionada con el estatus de la sociedad, desde la conquista y colonización española y durante todo el siglo XIX prevaleció la forma de vestir del Viejo Mundo. De ahí que la moda en los artículos evidencia no es la excepción con el statu quo de la sociedad frívola, dominada por la fiesta, el consumo de la moda europea y los nuevos esquemas que devienen de ella:

Las puertas de madama Flaunden abiertas de par en par, dejaban libre salida á las sedas, los razos, los crespones transformados ya por la hábil modista en elegantes vestidos. Los barnizados zapatos de caritillos, de perfumes que atravesaban la calle de comercio. Aquí volaba un frac de grandes faldas, á uno de los cuales iba cosido el nombre de su dueño (p. 229-230).

En ambos textos, se aprecia una suerte de determinismo corporal, por medio del cual los personajes utilizan lo último en el mercado de la moda estableciendo una costumbre que fomenta hábitos, actitudes y estilos de vida relajados, relajación que instaure las formas de pensar y actuar de las nuevas generaciones. Las viejas por el contrario, regidas por los padres y reafirmada por los intelectuales, presentan una actitud de firmeza ante la moda que ofende a la moral, se concentran en el vestir y comportarse con recato, el pudor, la castidad, la modestia y el honor, más que a la popularidad.

Entonces, la moda aquí es entendida como un reflejo de los modos de vivir y coexistir con los diferentes miembros de la sociedad. A través de ella se ve el consumo de sus formas de expresión a través de los modos de vestir, del adorno, accesorios, las expresiones corporales, las conductas, el mobiliario doméstico, la música y el arte, como los nuevos patrones y antipatrones. Es así como se configura la

imagen que se proyecta a través del condicionamiento visual, de la novedad, la funcionalidad y satisfacción de las necesidades sociales, las cuales se conciben por la cultura y motivan deseos de belleza en el vestir o en el buen vestir, según los patrones morales.

VI. Juventud, obligación y sumisión como rasgos representativos

En ambos artículos, es perceptible las construcciones sociales asociadas a la edad como campo de representación social, así como también a la serie de derechos, formas de actuar, y privilegios, que se vinculan con su particularidad temporal definida por una serie de momentos de transición del ser humano. Según Pierre Bourdieu (2002) *"Las clasificaciones por edad vienen a ser siempre una forma de imponer límite"* (p. 163-173).

Esta imposición del límite viene establecida por la edad social y la división de poder que ella implica, en este caso, se ve manifiesta por medio de los jóvenes y los viejos, para ser estos últimos los dominantes sabios y los primeros los dominados inexpertos. Dicha edad social depende de la función que la sociedad atribuye a los individuos que concibe jóvenes o maduros; los jóvenes cumplen la función de conocer, practicar la sabiduría y las normas de los viejos. En este sentido, es factible vincular la idea con la duración justificada simbólicamente de la edad, la cual está directamente relacionada con la dinámica de producción económica y cultural; las estructuras y organizaciones de los grupos y clases sociales y sus valores. Este grupo social venezolano establece sus propias normas de acceso, como lo son las virtudes: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Por otro lado, es apreciable que las generaciones comparten caracteres o códigos y se distinguen las unas de las otras al convivir en el grupo social. Tal como es el caso de Pepito y Pepita (inmaduros), en contraste con el narrador, a quien asumimos como generacionalmente maduro. A través de ellos, podemos ver la juventud, a diferencia de otras etapas de la vida, en especial de la madurez o vejez. Esta aparece como un valor simbólico asociado a rasgos

apreciados por un lado por el canon dominante de comportamiento y, por otro, por la estética dominante, la cual sostiene que el estandarte de belleza es ser joven.

La juventud entonces se ve relacionada con el tiempo libre de compromisos y responsabilidades centradas en la preparación para la madurez. La mocedad es entendida desde una mirada histórico-cultural como aquella generación que tiene la oportunidad de leer, estudiar y de demorar su ingreso a las responsabilidades de la vida adulta, ya que goza del amparo una clase social. Aquí la juventud muestra una construcción cultural con un sentido socialmente vinculado con las condiciones materiales e históricas que la condicionan. A este respecto, se ubican diferentes representaciones de la juventud: tesoro, sombra y el ángel. La primera es concebida como favorecida y privilegiada por la despreocupación e inexperiencia; la segunda está provista de los males sociales, esta mocedad es sancionada justificadamente por ser causante de la crisis moral; y la tercera se percibe a los jóvenes como los salvadores de la sociedad, aquellos que tienen la responsabilidad de hacer lo que las generaciones pasadas no pudieron.

Por su parte, también puede apreciarse la juventud desde la perspectiva idílica y feliz, que simboliza la vulnerabilidad de los jóvenes, lo que genera una sobreprotección por parte de las instituciones sociales, dicho resguardo sitúa a este grupo en un mundo aparte al adulto. Desde la representación negativa, esta conlleva a la necesidad de corregir lo negativo y la rebeldía que hay en ella. Esta concepción justifica la desvalorización de lo imberbe y avala el control. Desde la juventud cambiante, que manifiesta una condición de transformación que entorpece en el uso de razón, se tejen en los jóvenes ideas que pasan a ser negativas, ya que; aunque los mozos hablan, no tienen la capacidad para opinar, les falta discernimiento, responsabilidad, compromiso, raciocinio, madurez, capacidad y competencia para ser adultos.

En síntesis, la madurez o vejez representa el saber común; la fuerza y el vigor corporal; el conocimiento y la experiencia. Por su parte, la

juventud, las modificaciones de los rasgos físicos, la inmadurez, la inexperiencia, el desconocimiento y la imprudencia, que según los intelectuales hay que educar y moralizar.

En otro orden de ideas, lo dicho anteriormente en relación con los miramientos negativos, nos conlleva inevitablemente a considerar el discurso sobre la mujer, un modelo fundamentado en una división sexual de la personalidad de los seres humanos, por las que hay condiciones femeninas y masculinas. A este respecto, el rasgo definitorio del carácter femenino, visto desde Pepita, viene definido por la incapacidad intelectual y conductual provocada por ser la mujer débil por naturaleza: “¡Bravo!, señor crítico, exclamará alguno de mis lectores ¿Conque osa usted extender su invasora jurisdicción hasta las inocentes hijas de Eva?” (“Gran Sarao o las niñas a la moda”, 1845, p. 229). Esta es una representación bíblica, las féminas son defectuosas y pecadoras. El narrador, ofrece una solución también bíblica, a partir de la mujer virginal, moral, recatada, humilde, discreta y pura, virtudes con las que el carácter femenino pasa a una nueva consideración aceptada y admirada. Por su parte, el rasgo determinante masculino a través de Pepito, es más definido por la capacidad intelectual e incapacidad conductual.

En síntesis, tal como pudimos apreciar en los artículos de costumbre estudiados se plantean las ansiedades por las transgresiones pueriles, a las virtudes; la imprudencia, impulsividad y frenesí masculino; y la impureza, la falta de compostura y la desobediencia femenina.

VII. Los críticos y autocríticos

En los artículos “Los críticos de Caracas” y en “Erratas que no lo fueron”, también se hacen rígidos enjuiciamientos a las inapropiadas costumbres de los caraqueños, en particular las que corresponden al acto de escribir y de criticar a la literatura y sus exponentes.

A través de un tono burlesco en “Los críticos de Caracas” el narrador, testigo de los acontecimientos, plantea la tesis de que *“el hombre es un animal que*

muerde y es infiel a diferencia del perro” (“Críticos de Caracas”, 1845, p. 191). El lector traiciona (mordiéndolo) al escritor cuando evalúa su creación sin tener conocimiento sobre el tema, y sin fijar criterios objetivos para valorar la obra.

Según esta consideración los hombres, representados en los críticos literarios inexpertos, son individuos que desprecian al escritor por tres razones básicamente. La primera de ellas, el hecho mismo de haber creado una novela: “(…) *Escribio U. alguna novela» pues nació en hora menguada: todos se creen en el deber de encontrarla defectuosa*” (p. 191). La segunda, por la procedencia de dicho escritor y su tendencia política o ideología: “¿Quién es el autor? Este pregunta entra como elemento principal en el juicio: porque aquí no se examina la cosa sino el origen de donde viene” (“Críticos de Caracas”, 1845, p. 191). La tercera, por la falta de conocimiento sobre la teoría literaria: “*Añadan nuestros lectores que esos mismos críticos de que venimos tratando son los que hablan de los Misterios de París de la manera siguiente: ¡Qué personaje interesante Rodolfo!*” (p. 192).

De este modo, el escritor enseña el descuido en el análisis de las obras, en la aplicación de discernimientos personales e irrelevantes y en la falta de apreciación en lo que respecta al compromiso del escritor y su esfuerzo para elaborar el drama.

El autor del artículo, a través del diálogo entre el narrador y el lector, castiga categóricamente la incapacidad de los lectores críticos y recrimina la evaluación desvalorada que estos realizan sea por incapacidad o por juicios personales: “*Añadan nuestros lectores que esos mismos críticos son los que hablan de París de la manera siguiente: ¡Qué interesante personaje Rodolfo!*” (“Los críticos de Caracas”, 1845, p. 191).

Por su parte, “Erratas que no lo fueron” puede considerarse en lo que respecta con el contenido como la contraparte del artículo anterior, ya que es un enjuiciamiento a los escritores pero desde la perspectiva del crítico sino del autor mismo, que no asumen su labor como un compromiso sino como una burla. Cabe destacar que dicha postura relajada de los escritores es atribuida a los románticos, quienes

según lo planteado representan la irresponsabilidad, de ahí que es posible divisar una postura en contra de estos.

En este artículo de costumbre firmado por Don YO, se emplea un lenguaje monológico, como estrategia discursiva para señalar la ironía de la vida. El narrador protagonista indica el éxito del escritor romántico (quien es el mismo narrador) dotado más con viveza que con talento, que consigue la edición pese a su incompetencia:

Ocurrióme entonces lo que á todo joven le habrá ocurrido en estos últimos tiempos, escribir una composición dramática. ¿Qué se necesita para ello? Pluma, papel y audacia, y excusado es decir que yo tenía todo eso como todo hijo de vecino. La introducción al romanticismo me ahorra el trabajo de discurrir en plan, con esto tenía la multitud del camino adelantado ("Erratas que no lo fueron", 1845, p. 255).

El narrador revela que no toma en serio su oficio sino que delega las funciones de corregir las erratas de su obra al oficial de imprenta, o a un amigo necesario para inculpar en las equivocaciones de su drama, para que irónicamente, el descuidado consiga *"los gastos de la edición habían sido pagados por mi amigo"* (p. 256).

Es así como a través del sarcasmo el artículo es una manifestación del desprecio del escritor costumbrista por los escritores románticos, considerados poco talentosos, apáticos y despreocupados por su trabajo. Además, la firma es un evidente desdeño por el "yo" del escritor romántico.

VIII. Representación del escritor, crítico e intelectual

Los artículos "Los críticos de Caracas" y "Erratas que no lo fueron" reflejan las construcciones sociales asociadas al escritor de obras literarias con el campo de representación social que lo caracteriza como intelectual, principalmente por su función en la sociedad. Este es figurado como un ser muy dotado de conocimiento que maneja la palabra que cumple la función de escribir y enseñar. Es notoria entonces la

vinculación en el imaginario que asocia los conceptos de intelectual y escritor, para confinarlos en una élite intelectual con la potestad de custodio del saber.

En este sentido, los intelectuales son educadores por antonomasia, que modelan los sujetos sociales para la construcción de un ideal de cultura basado en las virtudes morales que se fundamenta en la armonía del país. Como puede apreciarse, la imagen del escritor como un personaje de respeto, por ser el depositario de una sabiduría. A propósito de la sabiduría, aparece nuevamente la idea de la juventud sombría, representada en este caso por los jóvenes escritores románticos de "Erratas que no lo fueron", abastecida de inmadurez, irresponsabilidad, desconocimiento e inexperiencia que obliga a reprender y censurar lo negativo en ella.

Se ubican entonces diferentes representaciones de los escritores-intelectuales: la primera, poseen la potestad para velar por los intereses de los justos (los integrantes de su clase social); la segunda, expresan las demandas sociales desde su comportamiento moral y de su comprensión teórica.

Por ende, se considera mediante estos artículos que el escritor tiene motivaciones ético-culturales, son críticos y severos con la responsabilidad, ejemplos de rectitud, defensores de los principios de carácter ético-político, críticos de los abusos de poder.

IX. Conclusiones

Como hemos podido apreciar, a partir de la representación social entendida como la forma en que las personas aprehenden una situación objeto de una realidad con sus instrumentos culturales y urbanos, se consideran los papeles periódicos, en este particular *El Repertorio*, como un medio para el ejercicio narrativo que contextualiza la moral desde las costumbres cotidianas como instrumento en el ejercicio ciudadano. En los periódicos, se hace un trabajo desde la moral para representar significaciones históricas importantes de los personajes, lo que supone un trabajo en el espacio temporal que configura la relación moral-historia-personaje.

Por medio de este retrato de las costumbres que entorpecen el progreso de la sociedad de la época

se crea un discurso a través de un lenguaje sencillo, que orienta y conversa con el lector, para expresar la crítica del advenimiento de los vicios que despojan el desarrollo de la nación. Como resultado de este diálogo, nace un vínculo íntimo entre el escritor y el lector. A través de los lectores de estos papeles periódicos y literarios y de la relación entre lector-escritor se requiere aplicar un contenido y un estilo que estimule intelectualmente al público hacia las valoraciones morales que especifican las categorías del bien y mal (desde el plano ético-moral).

Así el lector, como ser republicano, se traslada en el espacio como intérprete de sus antipráticas sociales, a los efectos de dar una idea clara de las costumbres de su círculo social que los contextualiza con efectos en la significación de los conceptos morales, experiencias personales, decisiones, reflexiones, imágenes, creencias y comportamientos.

En suma, los papeles periódicos muestran los retratos familiares que detallan representaciones, acontecimientos, perspectivas y sentimientos de los miembros y allegados de un linaje de la sociedad, que constantemente hacen mención hacia la moral y las buenas costumbres.

Con todo ello, los cuadros de costumbre actúan dentro de un espacio cultural en el que los intelectuales

(escritores) manifiestan sus impresiones acerca de pertenecer a un lugar y a una sociedad determinada, la caraqueña; que es conglomerado de costumbres que atentan en contra de la moral y el progreso de la nación.

A través de un discurso tejido con un lenguaje sencillo y coloquial, y con un tono humorístico, los artículos de *El Repertorio* reflejan temas cotidianos. Las costumbres, las reuniones, las fiestas, la moda, la escritura, la lectura y la crítica, crean un ambiente familiar, el cual los actores sociales (los ciudadanos) caraqueños de la época encuentran patrones colectivos identitarios. Es de esta manera como nos encontramos ante un género sumamente complejo que marca un hito en la prosa venezolana.

Por su parte, se representa al hombre desde el plano del joven imprudente, al joven escritor y al lector inexperto, que pese a ser intelectualmente dotado, se comporta de modo inapropiado; a la mujer, en especial la joven, como viciosa y como debería ser virginal al ser controlada moralmente por las instancias sociales. Es visible el ideal femenino surgido por medio de modelos femeninos sometidos al actor masculino que juzga dentro de un sistema ideológico eclesástico aceptado tanto por los hombres como por las mujeres venezolanas.

Referencias bibliográficas

- Alcibíades, M. (2004) *La heroica aventura de construir una república*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Anónimo (1845, abril) "Gran sarao, o las niñas a la moda". *El Repertorio*, 7-1-1845.
- Anónimo (1845, marzo) "Los críticos de Caracas". *El Repertorio*, 7-1-1845.
- Anónimo (1845, abril) "Muchachos a la moda". *El Repertorio*, 7-1-1845.
- Barrios, A. (1994) *Primer costumbrismo venezolano*. Caracas: La Casa de Bello.
- Bourdieu, P. (2002) *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- Bueno, S. (1985) *Costumbristas cubanos del siglo XIX*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Don YO (1845, marzo) "Erratas que no lo fueron". *El Repertorio*, 7-1-1845.
- Jodelet, D. (1986) *La representación social: fenómenos, concepto y teoría*. Barcelona: Paidós.
- Medina, J. (1998) "Principios para una teoría de la novela venezolana del siglo XIX y comienzos del siglo XX". *Literatura y lingüística*. (11), 205-217. [Revista en línea] en: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S071658111998001100015&Ing=es&tln_g=es.10.4067/S0716-58111998001100015 [Consulta: 10 de marzo de 2012].
- Moscovici, S. (1984) *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Huemul. (Trabajo original publicado en 1961).
- Platón (2003) *Diálogos. Obra completa*. Volumen IV: República. Madrid: Gredos.
- Rhonheimer, M. (2000) *La perspectiva de la moral*. Fundamentos de la ética. Madrid: Rialp.
- Thompson, J. (2002) "La metodología de la interpretación", *Ideología y cultura moderna, Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. Xochimilco: UAM.